

A woman's silhouette is shown from behind, standing on a dark shore and looking out over a body of water at sunset. The sky is filled with vibrant orange, yellow, and blue hues, with the sun low on the horizon. The overall mood is romantic and serene.

**LAMER
TU PIEL
BAJO EL SOL
DE KENIA**

**NOELIA
AMARILLO**

Sergio e Isabel se conocen desde niños, exactamente desde que ella entró en la escuela a mitad de curso y se sentó a su lado. Fue odio a primera vista.

Isabel, de mayor, quería salvar vidas. Pero no como los superhéroes de ficción, sino de verdad, en hospitales y operando.

Sergio soñaba con ser millonario sin dar palo al agua y sin dejarse la piel en aburridos trabajos.

Ya de adulta, Isabel es médico cooperante en Kenia y lucha por los más vulnerables, hasta que se ve obligada a regresar a España porque necesita las costosas medicinas modernas, que jamás llegan a los países pobres, para curarse a sí misma.

Sergio es Kaos, el Príncipe del Paraíso, uno de los dueños del club swinger El Lirio Negro. No es tan rico como soñaba, pero se acerca. Ve pasar los días sin más ambición que no aburrirse demasiado, atormentar a sus socios con sus travesuras y dejar correr las horas con obligada indolencia. Tiene todo lo que siempre ha deseado. O, en realidad, lo que siempre se ha permitido desear. Porque una vez, tiempo atrás, Isabel le hizo tener otro sueño y le arrancó una promesa.

Cada miércoles, fiel a su palabra, deja de ser Kaos por unas horas para volver a ser Sergio. Y uno de esos miércoles el destino, puñetero como siempre, pone en su camino a Isabel.

Si te quedaste con ganas de saber algo más de Kaos, el personaje secundario de lujo en *Morder tus labios sobre sábanas de seda* y *No lo llames sexo...* ¿O sí?, esta es tu historia.

A veces pensamos que lo que hacemos es tan
solo una gota en el mar, pero el mar sería
menos si le faltara una gota.

MADRE TERESA DE CALCUTA

Enero de 2022

**Me siento un diente de león
suspendido en el aire por las alas de
la incertidumbre**

1

El príncipe en su reino

Martes, 11 de enero de 2022

Kaos le dio las últimas instrucciones al portero que custodiaba el acceso al Paraíso, o, lo que era lo mismo, la planta *swinger* del Lirio Negro, uno de los clubes eróticos más reputados de Madrid. Esa noche, en el Infierno, que no era otra cosa que el sótano de temática BDSM de dicho club, se celebraba una fiesta Femdom^[1], y aunque no preveía complicaciones, nunca estaba de más tenerlo todo controlado. Y ese «todo controlado» incluía impedir que las Dóminas, Amas sádicas, esclavos, sumisos masocas y demás fauna *bedesemera* escapara del Infierno y pululara a sus anchas por el Paraíso.

No era que le molestara el asunto de la Dominación/sumisión, en absoluto, era un negocio lucrativo y él jamás rechazaba nada que le hiciera ganar dinero. Pero en el ámbito sexual le resultaba demasiado laborioso. La trabajada parafernalia de la puesta en escena le aburría, y mejor no hablar de la dedicación, la imaginación y la planificación empleadas para obtener un simple orgasmo...

Menudo rollo.

Prefería los polvos sencillos, y si eran rapiditos y no le hacían perder mucho tiempo, mejor. Era lo malo de trabajar en un club erótico. El sexo acababa convirtiéndose en una rutina más.

Y la rutina era tan aburrida...

–Te avisaré cuando *Mistress* Fiona te reclame –le dijo el portero refiriéndose a la Dominatrix promotora de la fiesta.

–No te molestes, no voy a acudir a su llamada –replicó Kaos con desidia.

El portero lo miró sorprendido. Fiona era una Dómina altiva e irascible acostumbrada a salirse con la suya. Un par de veces al año alquilaba el Infierno para sus selectas fiestas, en las que siempre reclamaba la presencia de Kaos. Durante más de una década ambos habían mantenido una relación, no de amistad, pero sí de algo similar. Sin embargo, en los últimos años el vínculo había cambiado y ahora la tensión entre ellos era palpable.

–¿Qué debo decirle? –le preguntó el portero esperando obtener una excusa que evitara, o, mejor dicho, atemperara lo que ella consideraría un agravio.

Kaos lo meditó un instante, una perezosa sonrisa curvó sus labios.

–Nada.

–No le gustará –auguró.

–Dalo por hecho. –Afiló aún más su sonrisa–. Esta noche no quiero a nadie del Infierno en el Paraíso y viceversa, incluido yo mismo –dijo refiriéndose a los dos espacios en que se dividía el Lirio Negro.

El portero arqueó una ceja. Porque Kaos era, además de uno de los propietarios del club, el Príncipe del Paraíso. Ese era su reino y lo gobernaba con mano laxa y reglas volátiles. Tanto que no era extraño verlo en el Infierno haciendo travesuras, cabreando a la Reina o sembrando el caos. De ahí la absurdidad de su excusa.

Fiona no se la creería.

–Montará en cólera –le advirtió, pues esa sería la primera vez que Kaos no se plegara a sus deseos y rechazara su requerimiento.

–No lo dudes. Pero no montará un numerito, tiene demasiado orgullo. Lo que es una pena, porque se avecina una noche aburrida –comentó Kaos entrando al Paraíso.

Los tacones de siete centímetros de sus botines resonaron mientras recorría apático el pasillo. Aún no eran las

doce de la noche y el Paraíso no alcanzaría su apogeo hasta más tarde, si es que lo alcanzaba. Las Navidades y sus excesos habían dado paso a la cuesta de enero, ergo los bolsillos estaban vacíos y las cuentas bancarias en rojo.

Ignoró las puertas del Edén, no le apetecía sumergirse en la tórrida humedad que dominaba la sala debido a la piscina climatizada, menos aún desnudarse para cumplir las normas de ese recinto. Y no era que despojarse de sus ceñidos vaqueros blancos y sus botines, únicas prendas que llevaba, fuera trabajoso, pero si se desvestía luego tendría que volver a vestirse y, sinceramente, le daba una pereza tremenda. Así que fue al Jardín de las Delicias y atravesó el inmenso salón para subir a la plataforma ocupada por un sillón barroco de terciopelo rojo con estructura de madera dorada.

El trono del Príncipe del Paraíso.

Se sentó, la espalda contra un lateral del respaldo y la pierna izquierda sobre el reposabrazos, ese pie meciéndose indolente en el aire mientras el otro permanecía en el suelo alfombrado. Y desde allí, cual rey en su trono, observó su reino.

Un rey, todo hay que decirlo, bastante aburrido. Las mismas caras de siempre lo rodeaban. O no. Tal vez había alguna nueva, pero no importaba, porque las necesidades, los deseos, las fantasías siempre eran los mismos. Nada cambiaba. Todo, incluido él, permanecía igual. Inmutable. Previsible. Aburrido.

Se sintió, como tantas veces antes, atrapado en el Paraíso, en su patética vida.

Y esa noche, como cada martes, era más cautivo que nunca.

Esa era su maldición.

Cualquier otro día encontraría sin excesiva dificultad algo con lo que entretenerse, una travesura que hacer, una mujer con la que follar, algún socio al que molestar. Pero era martes. Y los martes precedían a los miércoles. Y los

miércoles eran el único día de la semana que su rutina cambiaba, lo que los convertía en interesantes. Y eso era un incentivo para desear su llegada.

Resopló impaciente. Cuatro horas y se iría a casa. Debía buscar una distracción que las hiciera pasar más rápido. O al menos no tan despacio como sus predecesoras.

Revisó con mirada crítica el salón. Había un par de orgías en marcha, varios voyeristas sacudiéndosela con ganas y en un rincón una pareja que lo miraba todo con unos ojos como platos. Ah, sangre fresca. Qué monos. Lástima que pronto dejarían de sorprenderse y entrarían en la misma dinámica que el resto de los allí presentes. Se removió en el sillón y un tacón de sus relucientes botines negros cortó el aire en un tic nervioso. Al darse cuenta plantó el pie en el reposabrazos, clavando el fino tacón en el acolchado terciopelo. No quisiera Dios que nadie intuyera o, peor aún, creyera que el Príncipe del Paraíso y señor del caos, la irresponsabilidad y la indolencia estaba agobiado.

Tenía una imagen que mantener, y esta desde luego no era la de un tipo dominado por la desazón. Obligó a sus párpados a caer con desidia y examinó el salón sin encontrar nada que despertara su interés, hasta que su mirada recayó sobre una mujer que, recostada en un diván, jugueteaba con su cuerpo. Lo que le llamó la atención no fue que se estuviera masturbando, algo habitual allí, sino que fuera vestida. Se acariciaba los pechos por encima de la camisa mientras hundía la otra mano entre los muslos, sobre sus vaqueros.

Era algo inusitado. Las féminas que frecuentaban el Paraíso preferían la desnudez o, en su defecto, exiguos vestidos de látex, encajes o *catsuits* con la entrepierna abierta.

Desde luego, no vestían vaqueros y camisa blanca.

No cabía duda de que esa mujer se salía de la norma imperante. Y eso era justo lo que él necesitaba, algo singular e inesperado que lo sacara un rato del tedio.

Como si hubiera sentido la curiosidad que había despertado en él, ella alzó la vista y clavó sus ojos claros en los aguamarina del Príncipe del Paraíso. Sonrió.

Una sonrisa apenas insinuada que llevó a Kaos a otro momento, a otro lugar. A otra mujer de ojos claros. Más exactamente grises. Ojos enormes y expresivos.

El interés prendió en él.

Podía ser divertido entretenerse con esa fémina inusual, que además tenía el pelo castaño, lo que suponía un aliciente. Por descontado, no tenía nada en contra de follarse con pelirrojas, morenas, rubias o cualquier otro color de pelo. Era una verdad universalmente aceptada que en la variedad estaba el gusto. La examinó interesado, recordaba haberla visto allí con anterioridad, pero nunca le había llamado la atención lo suficiente como para hacer el esfuerzo de proponerle sexo.

Esa noche sí.

Se acercó a ella con acusada indolencia. El triunfo asomó a los ojos femíneos al saberse elegida y su sonrisa se tornó lasciva, vencedora.

Kaos se sintió defraudado. Debería haberlo intuido. Era una cazadora y había trazado su estrategia para atraer al Príncipe del Paraíso.

No era un secreto que, en las pocas ocasiones en las que últimamente ofrecía su cuerpo, las elegidas eran casi siempre castañas con sonrisas despreocupadas. Estuvo tentado de dar media vuelta y regresar al trono, pero esa mujer había conseguido intrigarlo y solo por eso merecía su recompensa. Se detuvo frente a la fémina y, haciendo una burlona reverencia, le tendió la mano. Ella no dudó en aceptarla y dejarse guiar a la plataforma.

Kaos se sentó en el trono y esperó apático a que moviera ficha. Si quería follárselo iba a tener que hacer todo el trabajo. Algo que a ella no la sorprendió. ¿Por qué habría de hacerlo? No era un secreto que el Príncipe del Paraíso prefería ser montado.

Aunque sí era una mentira.

En realidad no tenía preferencias acusadas. Le gustaba como al que más colocarse entre las piernas de una mujer y dictar el ritmo. Pero, claro, para eso tendría que apetecerle trabajar y sudar y esforzarse. Y últimamente no estaba por la labor.

Era tan fatigoso...

Dejó que le desabrochara los vaqueros, aunque no permitió que se los bajara; tendría que conformarse con el espacio que le diera la bragueta. Y eso hizo ella. Le sacó la polla, que, aunque no estaba del todo erecta, apuntaba maneras, le enfundó un condón, se la llevó a la boca y comenzó a trabajársela.

Kaos fijó la vista en la espesa melena castaña de su desconocida compañera hasta que su mirada se desenfocó y la imagen de otra mujer se solapó sobre la realidad. Una mujer con el pelo un poco más claro y un carácter indómito.

Su erección se tornó granito y el placer se arremolinó en su interior, desbordándose.

2

Un poco más tarde, en esa misma ciudad, alguien no puede dormir.

Isabel se despertó aterrada al oír una explosión. Tardó unos segundos en comprender que no era un disparo, sino el petardeo del motor de un coche. Tomó una profunda bocanada de aire y cerró los ojos, deseando dormirse de nuevo.

Una hora después continuaba despierta. Se revolvió en la cama. Hacía frío. No un frío glacial, por supuesto. En realidad no hacía frío, pues la calefacción mantenía el diminuto piso en el que ahora vivían sus madres a diecinueve grados. Pero estaba acostumbrada al abrasador calor de las noches africanas y, a pesar de los tres meses que llevaba en Madrid, seguía sin acostumbrarse al frío y a taparse con mantas y dormir sin mosquiteras protegiendo la cama. Una cama en la que no se escondían arañas, serpientes o cualquier otro animal de los que solía sacudir de su lecho habitual.

Tampoco oía el balido de las cabras, el silbido del viento ni el restallar de las hogueras alrededor de las que los turkanas^[2] cantaban y bailaban. En cambio, oía los coches que circulaban bajo su ventana. El turbador petardeo de sus motores, que a veces parecían disparos, el estruendo del camión de la basura, la discusión a gritos de una pareja, la canción desentonada de un borracho.

Golpeó la almohada frustrada. Prefería despertarse por el gañido de un guepardo que hacerlo aterrada por el explosivo rugido de un tubo de escape. Se sentó en la cama, tal vez un vaso de leche caliente la ayudara a conciliar

el sueño. Aturdida –ocho meses sin dormir bien acababan teniendo consecuencias–, encendió la linterna del móvil y, sin pensar en lo que hacía, cogió las zapatillas y buscó en su interior escorpiones antes de acordarse de que en Madrid, o al menos en casa de sus madres, no los había. Molesta por su despiste, se calzó y fue silenciosa a la cocina. Cerró la puerta antes de dar la luz para evitar despertarlas y abrió las ventanas al frío madrileño para tratar de aclarar un poco su mente.

Las cerró casi al instante. Si el ruido en Madrid era molesto, el olor era aún peor. A humo. A suciedad. A contaminación. Madrid olía mal. Apestaba.

No pudo evitar sonreír ante ese pensamiento. En las llanuras keniatas no olía especialmente bien, los rebaños de cabras, burros y camellos que se desplazaban junto al pueblo turkana se ocupaban de ello. Pero estaba acostumbrada a ese olor. Un olor penetrante e intenso que tiempo atrás le había parecido nauseabundo y que ahora identificaba con la libertad, la empatía y la solidaridad en la que había vivido los últimos años. También con la desesperación de no ser nunca suficiente y la felicidad de saber que había salvado una vida más o dado alivio a otro enfermo desahuciado.

Se sirvió un vaso de leche y lo metió en el microondas para calentarlo. Sonrió de nuevo, a eso sí que había vuelto a acostumbrarse rápidamente. A tener agua y electricidad a cualquier hora, sin temer quedarse sin ella en el peor momento –que solía ser en mitad de una operación–, a poder calentar la comida en cuestión de segundos o a tenerla fría. Dios santo, todavía le parecía un lujo disfrutar de comida y bebida fría a todas horas.

Se tomó la leche despacio, saboreando la soledad, aunque fuera ruidosa, de la noche. En el tiempo que llevaba en Madrid había tenido que acostumbrarse a la muchedumbre estresada que abarrotaba las calles y el hospital en el que había estado ingresada. Y lo asumía, no le mo-

estaba. Estaba acostumbrada a trabajar rodeada de gente en el hospital de Lodwar^[3]. Pero al llegar a la casa de la diócesis en la que se alojaba siempre hallaba unos minutos de soledad en los que recluirse en su interior y recuperar la paz que tan esquiva le era durante las agotadoras jornadas.

Algo que allí, en casa de sus madres, era prácticamente imposible de conseguir, pensó esbozando una sonrisa al oír los pasos amortiguados de una de ellas.

Poco después, la puerta se abrió y Begoña y su sonrisa afable se asomaron.

—¿No puedes dormir? —Entró y cerró con sigilo para no despertar a Fani—. No te preocupes por los resultados del análisis, serán positivos —dijo con esperanzada seguridad.

3

Tras cuatro tediosas horas, nuestro aburrido príncipe por fin termina su jornada.

Cualquier otra noche, Kaos se habría quedado un par de horas más en el Paraíso. Que el Lirio Negro cerrara sus puertas no significaba que no quedase trabajo por hacer. Al contrario, era entonces cuando se limpiaba a fondo el lugar, algo de lo que se ocupaba el equipo de limpieza que él mismo había elegido y formado y en el que confiaba ciegamente, a pesar de la inicial reticencia de sus socios ante la disparidad de sus miembros. Pero el tiempo le había dado la razón, y Félix y su tropa habían demostrado ser todo un acierto. Su meticulosidad, su perseverancia y su obsesiva atención a los detalles hacían de ellos el mejor equipo de limpieza que había tenido nunca.

Además de eso debía inventariar los mil artículos que debían reponerse antes de la siguiente apertura. ¡Sería una hecatombe que un club *swinger* se quedara sin condones! También revisaba, aprobaba y recibía las compras, aunque de lo último se zafaba siempre que podía, que era muy a menudo, porque implicaba madrugar y no había nada que odiara más que levantarse pronto. Y «pronto», en su idioma, era antes de las dos del mediodía.

Luego estaba el asuntillo de simpatizar con sus empleados. Nada unía más a un equipo que tomar una cerveza a cuenta del jefe, es decir, él, al terminar la jornada. Pero esa noche era miércoles, llevaba cuatro horas siéndolo. Y los miércoles salía escopeteado en cuanto el Lirio cerraba. Porque los miércoles tenía una promesa que le encantaba cumplir y le gustaba estar despejado para disfrutar

de ella. Así que se dio una ducha rápida, sin mojarse el pelo, eso sí, pues se negaba a maltratarlo con el secador y no podía esperar a que se le secara al aire. Se puso un sombrero y cambió los vaqueros por otros similares que contrastó con un cinturón negro de mujer. Como de costumbre, no se cubrió el torso y su única concesión al frío punzante de enero fue ponerse su chupa motera. Al fin y al cabo, tenía el coche en el garaje del final de la calle, no necesitaba más.

Salió del Lirio y casi se dio de bruces con Fiona, quien esperaba a que su chófer/esclavo llegara a recogerla.

Vaya, quizá la noche acabara por animarse.

Kaos esbozó una sonrisa engreída que sabía que la cabrearía e inclinó la cabeza a modo de saludo.

—¿Qué tal la fiesta en el Infierno? —le preguntó malicioso.

—Sugestiva y excitante, con su punto justo de dolor y humillación —replicó ella con semblante pétreo—. ¿Qué tal la jornada en el Paraíso? —le devolvió la pregunta.

—Tediosa y repetitiva. Más de lo mismo, como siempre —respondió sincero.

Podrían acusarlo de ser irresponsable, travieso, perezoso y manipulador, pero nunca de mentir. La sinceridad absoluta y los efectos que esta producía lo divertían demasiado como para no utilizarlos en su provecho.

La mujer, una morena con los ojos de un azul tan claro que parecía hielo, lo miró desdeñosa. Una mirada que ponía de rodillas a hombres más prudentes que Kaos. Pero Kaos era Kaos, y mesura y cordura no eran palabras con las que se lo pudiera relacionar.

—Es una lástima que, habiendo pasado una noche tan aburrida, no hayas podido bajar al Infierno, aunque entiendo que el trabajo está por delante del placer —señaló altiva.

—¿Quién te ha dicho esa tontería? Claro que podría haber bajado. En estas fechas apenas tengo trabajo —afirmó